

Las dudas más profundas que tengo acerca de la fe se pueden resumir en una sola pregunta: *¿Por qué no da resultado?* Al viajar alrededor del mundo he visto que el cristianismo ha traído muchas mejoras a la cultura. La educación, la ciencia, la medicina, los derechos humanos, la democracia, el arte, la caridad, todas estas cosas crecieron con más vigor a partir de las raíces cristianas y se encuentran detenidas en muchos de los países no cristianos que visité. Sin embargo, cuando hablo con musulmanes devotos o con hindúes, sacan a relucir las muchas guerras que acosaron a Europa durante su era más cristiana, y el crimen, la decadencia y la ruptura de la familia que marcan al occidente cristiano de hoy. No tengo cómo defenderme contra sus argumentos.

Nunca me he encontrado con un seguidor serio de cualquier religión que no sienta admiración por Jesús, pero, ¿y la iglesia? Como me dijo un amigo judío: «Jesús predicó un evangelio hermoso. Los judíos acrecentamos cada vez más nuestra admiración por Jesús; pero muéstrame el reino de Dios prometido. Mire la historia, sobre todo la persecución cristiana de mi raza. ¿Se parece verdaderamente a un mundo redimido?» Los judíos miran al mundo y se preguntan por qué el Mesías

Capítulo 6

LEÓN TOLSTÓI Y FIÓDOR DOSTOIEVSKI



LA

PERSECUCIÓN DE LA GRACIA

no ha venido todavía; los cristianos, que creen que el Mesías ya vino, se preguntan por qué todavía abunda tanta maldad.

En su autobiografía espiritual, *Confesión*, León Tolstói menciona que, algunas veces, los cristianos se tratan los unos a los otros peor de lo que tratan a las personas de otra fe. Se hizo cada vez más amigo de católicos, protestantes, de los creyentes viejos y de otros movimientos del tipo de los anabaptistas, sin embargo, la Iglesia Ortodoxa Rusa le dijo «que estas personas estaban atrapadas en una mentira, que lo que les daba su fuerza vital era una tentación del diablo, y que solamente nosotros poseemos la única verdad. Yo vi que los ortodoxos consideran herejes a todos aquellos que no profesan una fe idéntica, así como los católicos y otras iglesias consideran que los propios ortodoxos son herejes».

Al pensar en cristianos que conozco, veo que algunas personas son incomparablemente mejores gracias a su fe, y otros son mucho peores. Por cada cristiano misericordioso, de espíritu afable y perdonador, puedo señalar a uno que es orgulloso, mezquino y que tiene un espíritu de juicio. Según mi propia experiencia, los que luchan con mayor fuerza y creen con mayor fervor son, algunas veces, las personas menos atractivas. Como los fariseos de los días de Jesús, quedan atrapados en la competencia y terminan con pretensiones de altura moral en lugar de ser verdaderamente morales. Los políticos me dicen que las cartas más desagradables provienen de personas que citan la Biblia y pretenden hablar en nombre de Dios, lo que no me cuesta creer, ya que el correo que recibo muestra el mismo patrón. ¿De qué manera resuelvo la tensión entre los ideales del evangelio y la realidad de los que lo profesan?

En la actualidad, veo a adolescentes que llevan brazaletes con las iniciales QHJ para recordarse la perturbadora pregunta: «¿Qué haría Jesús?». Esta pregunta apareció por primera vez en

la novela de Charles Sheldon *En sus pasos*, que cuenta la historia de personas comunes de las iglesias que solemnemente prometieron actuar como lo hubiera hecho Jesús y que recurrieron a Mateo 5-7 como guía. Cuando era adolescente en los años sesenta, mucho antes de que los comerciantes descubrieran el potencial de venta de los brazaletes QHJ, leí el libro de Sheldon y me hice esta pregunta cada día. Casi me vuelvo loco. Si daba a todo el que me pedía, pronto me quedaba sin dinero. Si en un ataque de ira le decía a mi hermano «¡tonto!» o algo peor, me preocupaba la idea de haberme expuesto al peligro del lago de fuego. Si le echaba una mirada de reojo a la revista de mujeres que tenía mi vecino, ¿debía arrancarme el ojo? Cuando los muchachos en la parada del autobús se abalanzaban sobre mí luego de la escuela, ¿no debía defenderme? Intenté seguir este patrón hasta que me cansé de llegar a casa con la nariz sangrando.

La iglesia en la cual crecí incluía a una mujer perfecta. Al menos, eso es lo que ella pretendía ser; insistía en que no había pecado en doce años. Recuerdo que siendo niño, demasiado consciente de mis propios pecados, me maravillaba ante su estado de perfección. Nunca dudé de su sinceridad, pues ¿cómo era posible que una persona perfecta mintiera? Durante las reuniones de la iglesia, a veces la miraba fijamente durante largo rato, deseando conocer su secreto. Ahora, en cambio, miro hacia atrás y siento lástima de esta mujer. El apóstol Juan no hubiera podido ser más directo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Aunque es probable que esta mujer se las haya ingeniado para evadir los pecados abiertos y evidentes, dudo que obedeciera siempre lo que Jesús llamó el primer y gran mandamiento: Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y su petulante actitud de superioridad la traicionaba mostrando que quizá había caído víctima del pecado del orgullo también.

Los pasajes del Nuevo Testamento, en especial los del Sermon del Monte, explican claramente los elevados ideales éticos: a cualquiera que te pida dale; ama a tus enemigos; no codicies; no odies; perdona siempre; recibe con alegría la persecución, actitudes que, de manera inevitable, se hacen añicos contra la nefasta realidad del verdadero comportamiento humano. He sentido una constante tensión que no he podido resolver en cuanto a los fracasos cristianos. Como periodista, he observado de cerca tanto defectos espectaculares como pequeños en los prominentes líderes espirituales, muchos de los cuales nunca salieron a la luz. Y cuando decidí escribir acerca de mí mismo en lugar de escribir acerca de otros, pronto descubrí que escribo acerca de las disciplinas espirituales mucho mejor de lo que las practico. ¿Nos han llamado a luchar por ideales que jamás se pueden alcanzar? No encuentro manera de referirme a la disonancia cognitiva que me mantuvo en un estado de inquietud espiritual hasta que me topé con los escritos de dos novelistas rusos del siglo diecinueve. La comprensión que tengo de la tensión que existe entre los ideales cristianos y la realidad se la debo, en parte, a Tolstói y en parte a Dostoievski.

En los comienzos de la década de los setenta, Malcolm Muggeridge escuchó para su sorpresa que miembros de la elite intelectual de la Unión Soviética, todavía bajo el régimen comunista, estaban experimentando un avivamiento espiritual. Un disidente ruso que vivía exiliado en Inglaterra le contó que prácticamente cada escritor, artista o músico de importancia en la U.R.S.S. exploraba asuntos espirituales. Muggeridge escribe: «Le pregunté cómo podía pasar esto, dado el intenso lavado de cerebro en contra de la religión que se le había hecho a la población y la ausencia de literatura cristiana, incluyendo los Evangelios. Su respuesta fue memorable: me dijo que las autoridades se habían olvidado de suprimir las obras de Tolstói [1828-1910] y

las de Dostoievski [1821-81], la exposición más perfecta de la fe cristiana en los tiempos modernos».

Durante ese mismo tiempo yo vivía en occidente, rodeado de cristianos, saturado de literatura cristiana y francamente no tenía la capacidad de encontrarle sentido a la mayor parte de todas estas cosas. Estos dos novelistas rusos, a los cuales nadie acusaría de ser equilibrados o siquiera sanos psicológicamente, me ayudaron a restablecer un sentido del equilibrio. Así como Robert Coles había descubierto que estos dos novelistas sabían más acerca del comportamiento humano que todos sus profesores de sicología, yo descubrí que también sabían más de teología que la mayoría de los teólogos. En un momento crucial en mi peregrinaje, se convirtieron en mis guías espirituales para resolver un problema que desconcierta a todo cristiano reflexivo (o, en realidad, al seguidor de cualquier religión) a saber, el gran abismo que existe entre lo que debería ser la vida y lo que es, entre la teoría de la fe y su práctica.

En la larga historia de la literatura, nadie a sobrepasado la capacidad de León Tolstói para retratar la esencia de la vida. Como lo expresó Virginia Woolf:

Parece que nada se le escapa. Nada rebota en él sin que lo registre ... cada ramita, cada pluma quedan pegadas a su imán. Se da cuenta si el atuendo de un niño es azul o rojo; se da cuenta de la manera en que un caballo levanta la cola; del sonido de una tos; de la acción de un hombre que trata de meter las manos en los bolsillos que le han cosido. Y lo que su ojo infalible registra de una tos o de un truco con las manos, su infalible cerebro lo relaciona con algo escondido en el carácter, de tal manera que podamos conocer a su gente, no solo por la manera en que aman o por sus puntos

de vista políticos y por la inmoralidad del alma, sino también por la manera en que estornudan y se atragantan. Sentimos que nos han ubicado en lo alto de una montaña y que tenemos un telescopio entre las manos. Todo se ve asombrosamente claro y absolutamente bien delineado.

Uno de los biógrafos de Tolstói destacó que cuando dejó de lado *La guerra y la paz* y volvió a «la vida real», tuvo la sensación de volver a algo más pálido y menos verídico que el arte mismo de Tolstói.

Tuve la misma experiencia. Mi mundo cobró vida en las novelas de este escritor que se encontraba separado de mí en el tiempo (con casi un siglo de diferencia) y en la distancia (al otro lado del mundo). Cuando Tolstói describe la primavera, la maravilla de las florecillas asomándose en medio del deshielo de la tundra, invierte la misma exuberancia y trascendencia que en la descripción de un éxtasis religioso. Al hacerlo, me enseñó a ir más allá de mí mismo.

Ahora, al mirar hacia atrás al claustro del fundamentalismo del sur en el cual crecí, me pregunto si tal vez sufría de un trastorno narcisista. (¿Tal vez lo padecen todos los adolescentes?) Veía el mundo a través de las ventanas con los postigos cerrados de la iglesia y de mi familia, sin tener la capacidad de proyectarme hacia fuera de mí mismo y comprender el punto de vista de, digamos, un aparcerero en la Alabama rural, o de un inmigrante polaco en el Bronx, y muchos menos de un miembro de la aristocracia o de un campesino ruso del siglo diecinueve. Tolstói me abrió las cortinas de par en par, haciéndome señas para que entrara a un mundo del cual no sabía nada. Especialmente, generó en mí compasión hacia los pobres.

En el momento en que él escribió, Rusia tenía cincuenta millones de sirvientes; casi la mitad de la población vivía como

esclavos, posesiones de sus dueños. Junto con la ancestral propiedad en que viviría y escribiría, Tolstói heredó cientos de estos sirvientes, un número que fluctuaba considerablemente mientras perdía y recuperaba a estas «almas» en las mesas de juego. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los hacendados, se movía en medio de sus campesinos y los llegaba a conocer. Con el tiempo, llegó a la conclusión de que ellos tenían vidas mucho más ricas y más interesantes que la que él llevaba en la aristocracia:

La vida de los trabajadores, con sus interminables y variadas formas de trabajo y los peligros relacionados con sus tareas en el mar y bajo tierra; sus migraciones, la relación que tienen con sus empleadores, capataces y compañeros, y con los hombres de otras religiones y nacionalidades; sus luchas con la naturaleza y con las bestias salvajes, su relación con los animales domésticos, el trabajo en el bosque, en la estepa, en el campo, en el jardín, en la huerta ... a nosotros que no tenemos estos intereses y no poseemos percepción religiosa, todo esto nos parece monótono en comparación con aquellos pequeños placeres y las insignificantes atenciones de nuestra vida, una vida que no es de trabajo ni producción, sino de consumo y destrucción de lo que otros han producido para nosotros. Pensamos que los sentimientos que experimenta la gente de nuestros días y de nuestra clase son muy importantes y variados; pero en realidad, casi todos esos sentimientos se resumen en tan solo tres, simples e insignificantes: el sentimiento del orgullo, el del deseo sexual y el del cansancio de la vida. Estos tres sentimientos, con sus ramificaciones, forman casi el único tema del arte de las clases ricas.

(Extraído de *¿Qué es el arte?*)

Las diferencias entre las vidas sencillas de los campesinos y las autogratificantes de la gente rica como él mismo, comenzó a carcomer a Tolstói, paralizando su capacidad para escribir. Parecía que sus campesinos conocían el significado de la vida y del trabajo, sabían cómo soportar el sufrimiento y conocían el lugar de la muerte, todos misterios desconcertantes para él. Estudió las filosofías de Buda, de Schopenhauer y de Jesús en busca de sus propias respuestas para estos misterios, y no encontró alivio. Finalmente, decidió que el principal problema no era tanto que estaba equivocado al pensar que vivía de mala manera. Como un parásito pegado a las espaldas de sus trabajadores, prácticamente no había vivido una vida auténtica en absoluto. «Mi corazón estaba oprimido por una sensación de dolor que solo puedo describir como una búsqueda de Dios», escribió. «Era un sentimiento de temor, de orfandad, de aislamiento en una tierra extraña, con la esperanza de que alguien me ayudara».

La búsqueda se volvió tan intensa que, en verdad, Tolstói se apartó de su misión artística y en cambio procuró casi exclusivamente resolver las importantes cuestiones significativas. Para consternación de los críticos literarios y de los lectores que anhelaban más grandes novelas, dedicó los mejores años de su vida a la especulación religiosa. Como escritor y peregrino luchó con la tensión entre el mundo tal como es y como debería ser. Llenó cientos de páginas de cuadernos con su diario espiritual, desarrolló una alta estética moralista (*¿Qué es el arte?*), y escribió libros exponiendo sus creencias religiosas.

Así como Tolstói tenía la capacidad de retratar al mundo como si fuera la primera persona en ver un arado levantando grandes terrones de tierra o en escuchar el ruido del hielo al quebrarse en un río congelado, también actuó como si fuera la primera persona que en verdad se tomaba los Evangelios en serio. Leyó los claros mandamientos de Jesús y trató de ponerlos en

práctica. «Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres y así harás tesoros en los cielos», le dijo Jesús al joven rico. Después de leer esto, Tolstói liberó a sus esclavos, renunció a sus derechos de autor y comenzó a deshacerse de su inmensa propiedad. Para identificarse con la gente común, se puso ropas de campesino, se hizo sus propios zapatos y comenzó a trabajar en los campos.

Los escritos espirituales de Tolstói, a diferencia de su ficción, despiertan discusiones por todas partes. Mahatma Gandhi, por un lado, los encontró profundamente conmovedores y le atribuyó a *El reino de Dios está en vosotros*, de Tolstói la fuente de inspiración de sus propios principios de no violencia, sencillez y pobreza intencional. En los mismos días de Tolstói, un desfile de idealistas, revolucionarios, personas que querían llegar a ser santos y anarquistas llegaban a su casa para escuchar sus fuertes palabras acerca de la justicia y la dignidad humana. Sin embargo, por cada Gandhi conmovido por los altruistas ideales de Tolstói otro lector los rechaza por la manera miserable en que fracasó en cumplir con esos ideales. Lo que Tolstói encontró en los Evangelios lo atrajo como si fuera una llama de fuego; el fracaso al tratar de alcanzarlos finalmente lo consumió.

Tolstói se sintió atormentado por la misma tensión que sienten todos los cristianos en algún grado, la tensión que invadió mi adolescencia. Cuando escribía acerca de su fe religiosa o intentaba poner en práctica esa fe, el antagonismo entre el ideal y la realidad lo obsesionaba como a un alma en pena. El novelista John Updike muestra el otro lado de su comentario acerca del volumen decimotercero del diario de Tolstói: «La luz del arte de Tolstói apenas penetra en la celda de monje de su infatigable moralismo y burla de sí mismo».

Los intentos de Tolstói por ser honesto y producir reformas causaron interminables problemas en su propia familia. Cuando

era un joven oficial del ejército, juntó a toda una colección de amantes, frecuentó los burdeles, participó en orgías de borrachos, y varias veces contrajo enfermedades venéreas. Registró con diligencia todas estas desventuras en su diario y, cuatro días antes de su boda, insistió en que su prometida, una decorosa muchacha de dieciocho años, leyera los lúcidos relatos. Ella nunca se recuperó.

«Cuando me besa siempre pienso: “No soy la primera mujer que ha amado”», escribió Sonia Tolstói en su propio diario. Podía perdonarle sus aventuras en el ejército, pero no su romance con Axinya, una campesina que todavía trabajaba en la propiedad de Tolstói. Cada vez que miraba al hijo de Axinya, veía los rasgos de su propio marido en miniatura; y cuando anunció que tenía la intención de renunciar a las regalías de sus libros, ella lamentó que estuviera entregándole una fortuna a excéntricos mientras que «sus hijos y nietos tendrán que arreglárselas con pan negro». La forma en que desatendió su propiedad llevó a la ruina el ingreso familiar; al deshacerse de sus derechos de autor, privó a sus herederos. Lo que León consideraba pasos hacia la santidad, Sonia los veía como locuras y abuso familiar.

A medida que leo los diarios de Tolstói, veo cosas que me recuerdan mis propias acometidas esporádicas hacia el perfeccionismo. Los diarios registran muchas luchas entre Tolstói y su familia, pero muchas más luchas entre Tolstói y él mismo. Su deseo por alcanzar la perfección lo llevó a discurrir nuevas listas de reglas. Dejó de cazar, abandonó el tabaco, el alcohol y la carne. Se decidió a vender o regalar todo lo que fuera superfluo: el piano, los muebles, los carruajes, y a tratar a toda la gente de la misma manera, desde los gobernantes hasta los mendigos. Redactó en borrador reglas para desarrollar la voluntad emocional, reglas para desarrollar sentimientos nobles y para eliminar los bajos, reglas para subordinar la voluntad al sentimiento del amor.

Sin embargo, nunca pudo lograr alcanzar la autodisciplina necesaria para acatar sus propias reglas. Después de todo, se quedó con el piano y con los muebles. Puso la propiedad a nombre de su esposa, pero siguió viviendo en ella, y un sirviente con guantes blancos le servía sus comidas vegetarianas. Más de una vez, Tolstói hizo un voto público de castidad (¿acaso Jesús no lo había mandado?) y pidió habitaciones separadas. Nunca pudo guardar ese voto por mucho tiempo tal como lo mostraban al mundo, para vergüenza suya, los dieciséis embarazos de Sonia. Escribió en su diario que su esposa le impedía llegar a la plenitud espiritual insistiendo en llevar una vida «normal», y luego de rendirse a sus impulsos sexuales, añadía un comentario como «fue tan repugnante como cometer un crimen». Sonia siguió leyendo aquel diario a lo largo de toda su vida, lo cual le infligió un dolor constante.

Algunas veces, Tolstói se las ingenió para lograr el bien en gran manera. Cuando el hambre asoló su región, pasó dos años organizando ayuda, estableciendo hospitales provisorios y cuidando a los indigentes. Luego de un largo período de alejamiento de la literatura, escribió su última novela, *Resurrección*, cuando tenía setenta y un años, en apoyo a los dujobori, un grupo de doce mil anabaptistas que estaban bajo la persecución del zar, donando todos los procedimientos para financiar su emigración a Canadá. Además, la filosofía de Tolstói de la no violencia, sacada directamente del Sermón del Monte, tuvo un impacto que vivió mucho después de que él se hubiera ido, en descendientes ideológicos tales como Gandhi y Martin Luther King.

Sin embargo, de todas maneras, la búsqueda de Tolstói de la santidad terminó en desilusión. En pocas palabras, no pudo practicar lo que predicaba. Su esposa lo expresa bien (en un relato evidentemente tendencioso):

Tiene una gentiliza muy poco genuina; su amabilidad no proviene de su corazón, sino solo de sus principios. Sus biografías contarán cómo les ayudaba a sus siervos a acarrear cubos de agua, pero nadie sabrá jamás que nunca le dio descanso a su esposa y que nunca, en estos treinta y dos años, les dio a sus hijos un sorbo de agua ni pasó cinco minutos junto a sus camas para darme la posibilidad de descansar un poquito de todas mis labores.

(Extraído del diario de Sonia)

«¿Adónde está su amor?», preguntó luego de una violenta discusión a gritos. «¿En su falta de resistencia? ¿En su cristianismo?» Nunca demostró afecto hacia los hijos que consumían una parte tan grande de la vida de su esposa. Él, que profesaba semejante amor por la humanidad, tenía dificultad para amar a un simple individuo, incluso a los miembros de su propia familia.

Las ardientes luchas de Tolstói en pro de la perfección nunca terminaron en la menor semblanza de paz ni serenidad. Hasta el momento de su muerte, sus diarios y cartas siguieron dando vueltas alrededor del atribulado tema del fracaso, exponiendo la distancia entre los ideales del evangelio y las contradicciones de su propia vida. Era demasiado sincero como engañarse a sí mismo, así que no pudo silenciar la conciencia que lo condenaba. Algunos lo llamaron hipócrita; pero un hipócrita pretende ser algo que no es. Tolstói sabía mejor que nadie cuánto le faltaba para llegar.

León Tolstói era un hombre profundamente infeliz. Despotricó contra la Iglesia Ortodoxa Rusa de sus días y se ganó la excomunión¹. Sus esquemas de autosuperación se fueron a

¹ En el 2001 la iglesia ortodoxa rusa rechazó un pedido de uno de los tataranietos de Tolstói pidiendo que revisaran sus escritos como un paso para reconsiderar su excomunión

pique. Algunas veces tuvo que esconder las cuerdas que tenía en su propiedad y guardar los revólveres para resistir la tentación de suicidarse. Al final, Tolstói huyó de su fama, de su familia, de su propiedad, de su identidad; murió como un vagabundo en una estación de trenes rural, rodeado de pueblerinos curiosos y periodistas de todo el mundo. Ha sobrevivido una patética foto de Sonia espiando ansiosamente a través de una sucia ventana para alcanzar a ver a su esposo que yacía muerto en el interior del edificio; sus discípulos le prohibieron la entrada por las dudas de que su presencia le molestara a León.

En vista de semejantes fracasos, ¿qué aprendí de la trágica vida de León Tolstói? He leído muchos de sus escritos religiosos y, sin excepción, quedo inspirado por su reverencia ante los ideales absolutos de Dios. Tolstói nos recuerda que, contrario a los que dicen que el evangelio nos libra de nuestros problemas, en muchos aspectos: asuntos de justicia, de dinero, de raza, cuestiones personales de orgullo y ambición en realidad, el evangelio nos añade más carga.

En los tiempos modernos, puede resultar muy fácil confundir al evangelio con el «sueño americano» de la satisfacción, la prosperidad y de una existencia libre de problemas. Tolstói vio que Jesús nos pide mucho más que una hermosa casa con vecinos agradables. Sintió el sabor de la fortuna, del talento, de la educación y de la fama mundial: «Me he dicho: “Muy bien, serás más famoso que Gogol, que Pushkin, que Shakespeare o que Moliere, o que todos los escritores del mundo, ¿y qué de esto?” Y no pude encontrar en absoluto una respuesta». Tolstói tomó con total seriedad la pregunta de Jesús: «¿De qué le aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?».

No es fácil desechar a un hombre que está dispuesto a liberar a sus sirvientes y a deshacerse de sus posesiones por una simple obediencia al mandamiento de Jesús. Otros nobles rusos compraban

y vendían a sus sirvientes como si fueran ganado y azotaban con brutalidad a los que les desobedecían (en una nación que se consideraba a sí misma el hogar de la iglesia pura de Cristo). Tolstói voluntariamente dejó en libertad a sus esclavos. Si otros lo hubieran seguido en cuestiones de justicia, tal vez la pesadilla de la revolución de 1917 jamás hubiera tenido lugar.

¡Si Tolstói hubiera podido vivir de acuerdo a todos sus ideales! ¡Si yo pudiera vivir de acuerdo a ellos! Aunque estableció muchas leyes para sí mismo, nunca cayó en un legalismo hueco. El título de su libro *El reino de Dios está en vosotros*, lo dice bien, porque él procuró absorber la ley moral ideal dentro de sí mismo.

Los sistemas religiosos, decía Tolstói, tendían a promover las reglas externas: el judaísmo lo hacía, como también el budismo, el hinduismo y el islamismo; pero Jesús introdujo un enfoque diferente negándose a definir un conjunto de reglas externas que sus seguidores hubieran podido cumplir con una sensación de superioridad moral. En un pasaje fundamental, Tolstói marcó esta diferencia entre el enfoque de Cristo y el de todas las otras religiones:

La prueba de que guardamos las enseñanzas religiosas externas es si nuestra conducta se conforma o no a estos decretos [guardar el sábado, circuncidarnos, diezmar]. La observancia de estas reglas es en verdad posible.

La prueba de que guardamos las enseñanzas de Cristo es la conciencia que tenemos de nuestro fracaso al tratar de alcanzar un ideal perfecto. El grado al cual nos acercamos a esta perfección no se puede ver; todo lo que podemos ver es el alcance de nuestra desviación.

Un hombre que profesa una ley externa es como alguien parado junto a la luz de un farol fijo en un poste. A su alrededor hay luz, pero no puede alejarse mucho de

allí. Un hombre que profesa la enseñanza de Cristo es como alguien que lleva un farol delante de sí atado a un palo largo, o no tan largo: la luz se encuentra frente a él, iluminando siempre nuevos terrenos y animándolo en cada momento a seguir más adelante.

A pesar de las perlas de sabiduría en algunos pasajes particulares, los escritos religiosos de Tolstói en su mayoría parecen erráticos e inestables. No podía ver mucho más que el grado de su desviación. Como era el que diagnosticaba sus obras interiores, lo que veía lo llenaba de disgusto: fracaso moral, hipocresía, falta de fe. Tal vez por esta razón pocas personas hoy en día leen sus reflexiones espirituales. Como consejero, ofrece más desaliento que esperanza. Si Tolstói no se pudo ayudar a sí mismo, ¿cómo se puede esperar que nos ayude al resto de nosotros?

En respuesta a esta crítica, Tolstói respondió: «No juzguen los santos ideales de Dios por mi incapacidad para cumplirlos. No juzguen a Cristo por aquellos de nosotros que imperfectamente llevamos su nombre». Un pasaje en especial, tomado de una carta personal, muestra cómo Tolstói respondió a estas críticas hacia el final de su vida. Se levanta como un resumen de su peregrinaje espiritual, una sonora afirmación de la verdad en la que creía con todo su corazón y al mismo tiempo como un plañidero llamado a la gracia que nunca comprendió a plenitud.

«¿Qué me dices de ti, Liev Nikoláievich? Predicas muy bien, ¿pero haces lo que predicas?» Esta es la más natural de las preguntas y es una que siempre me hacen; generalmente la formulan con aire de victoria, como si fuera una manera de detener mi boca. «Predicas, ¿pero cómo vives?» Y yo respondo que no predico, que no estoy en condiciones de predicar, aunque desearía hacerlo con fervor. Puedo

predicar solo a través de mis acciones, y estas son viles ... y respondo que soy culpable, vil y digno de desprecio por mi fracaso en vivir de acuerdo a mis ideales.

Al mismo tiempo, no para justificarme sino sencillamente para explicar mi falta de firmeza, digo: Miren mi vida actual y mi vida antigua, y verán que sí intento vivirlos. Es verdad que no he cumplido ni una milésima parte de ellos [de los preceptos cristianos], y me avergüenzo de esto, pero no he fracasado en cumplirlos porque no lo haya querido, sino porque no pude hacerlo. Enséñenme cómo escapar de la red de tentaciones que me rodea, ayúdenme y los cumpliré; incluso sin ayuda, deseo y espero cumplirlos.

Atáquenme, yo me ataco a mí mismo, pero atáquenme a mí y no al camino que sigo y que le señalo a cualquiera que me pregunta dónde creo que se encuentra. Si conozco el camino a casa y me encuentro caminando borracho, ¿acaso deja de ser el buen camino, porque me tambalee de un lado a otro? Si no es el buen camino, muéstrenme otro; pero si me tambaleo y pierdo el camino, deben ayudarme; deben ayudarme a permanecer en el verdadero camino, así como yo estoy listo para apoyarlos a ustedes. No me desvíen, no se alegren porque me he perdido, no griten con gozo: «¡Mírenlo! Dijo que iba hacia el hogar, pero allí lo tienen, arrastrándose en una ciénaga». No, no se regodeen, sino más bien, denme su ayuda y apoyo.

Me sentí triste al leer los escritos religiosos de Tolstói. La visión de rayos X que le permitía penetrar en el corazón humano y que lo hizo un gran novelista también lo convirtió en un cristiano torturado. Como el salmón que va a desovar, luchó toda su vida en contra de la corriente, sufriendo finalmente un colapso de agotamiento moral. Cuando era niño, creía en una mágica «vara

verde» en la cual se encontraban esculpidas las palabras que destruirían el mal en los corazones de los hombres y los llevaría a hacer el bien. Nunca encontró esa vara verde, nunca aceptó la caída de la humanidad, incluyéndose a sí mismo. Pensó que tan solo su voluntad sería suficiente para alejar el mal, y fracasó. En su última novela, *Resurrección*, uno de sus personajes se da cuenta «con toda claridad, que el único medio seguro para la salvación de los terribles males que soporta la humanidad es que cada hombre reconozca que delante de Dios es un pecador y que, por lo tanto, este medio no sirve para castigar ni reformar a otros».

También le doy las gracias a Tolstói porque su incansable búsqueda de la fe auténtica produjo una impresión indeleble en mí. Me topé por primera vez con sus novelas en un período en el que sufría los efectos tardíos del «abuso de la iglesia». Las iglesias en las que crecí contenían demasiados fraudes, o al menos así lo veía yo con la arrogancia de la juventud. Cuando me di cuenta de la brecha que existía entre los ideales del evangelio y los defectos de sus seguidores, sentí la profunda tentación de abandonar esos ideales como irremediablemente inalcanzables. Entonces descubrí a Tolstói. Para mí fue el primer autor que logró la más difícil de las tareas: hacer que el bien sea creíble y atractivo como el mal. Encontré en sus novelas, en sus fábulas y cuentos una fuente de poder moral.

Muchas novelas modernas exploran la depravación y no van mucho más allá. Tolstói, que había bebido de esa depravación, se remontó más alto, hacia una visión de lo que pudiéramos y debiéramos ser, hacia una regla de amor que siempre anheló y nunca alcanzó. Su vana lucha me convenció de que mis fracasos por comprender la verdad no devalúan la verdad en sí, sino que me señalan la continua necesidad que tengo de arrojarme en la misericordia de Dios. No se puede responsabilizar a una idea por aquellos que profesan creerla. Con Tolstói, aprendí a

decirle a los críticos: «Atáquenme a *mí* en lugar de criticar el camino que sigo». Gracias a su pasado libertino, Tolstói sabía que los otros caminos se alejaban todavía más de la verdad.

«No seré un huérfano en esta tierra mientras este hombre viva», dijo Máximo Gorki, uno de los contemporáneos más talentosos de Tolstói. Recogió la visión de toda una nación y, hasta el día de hoy, sus escritos le llevan ese mensaje al mundo. Hace unos pocos años, un amigo mío, profesor de literatura, recibió un desesperado grito pidiendo ayuda de parte de una ex alumna que entonces se encontraba en servicio en un paupérrimo campo de refugiados en Tailandia. Todos los días entrevistaba a personas que habían escapado de Cambodia y de Vietnam, y escuchaba sus historias de la brutalidad y la maldad humana. Casi había dejado de creer en la bondad humana, dijo. Casi no podía creer en Dios. ¿Podía enviarle algunos libros que la ayudaran a resucitar su fe? Mi amigo eligió cinco libros, y el primero de ellos era *Resurrección* de Tolstói. Esa novela final, que habla acerca del incesante e inagotable amor de una ex prostituta que fue víctima de abuso, y la culpa del hombre que abusó de ella, puede representar lo más cerca que estuvo Tolstói de comprender la gracia.

Una de las primeras grandiosas novelas de Tolstói, *Ana Karenina*, finaliza con dos párrafos que describen el despertar espiritual de Levin, uno de los personajes principales. Levin dice: «¿Y es en el momento en que un conocimiento exacto, aunque inaccesible a la razón, se me ha revelado cuando me obstino aún en querer que intervenga la lógica?». Al leer las palabras finales de Levin, no pude dejar de ver la proyección del mismo Tolstói, tanto sus desesperadas ilusiones como sus sueños no realizados:

Ese nuevo sentimiento no me ha cambiado ni me ha deslumbrado, ni tampoco me hace feliz como pensaba; lo

mismo me ocurrió con el amor de padre en el cual no encontré ni sorpresa ni arrobamiento de alegría; pero este sentimiento se ha insinuado en mi alma por el sufrimiento, y en lo sucesivo quedará firmemente arraigado, y cualquier nombre que trate de darle, siempre será la fe.

Es probable que continúe impacientándome contra mi cochero discutiendo inútilmente, expresando mal mis ideas; notaré como siempre una barrera entre el santuario de mi alma y el alma de los demás, sin exceptuar el de mi esposa; seguiré haciendo a este responsable de mis terrores, para arrepentirme al instante. Oraré como hasta ahora, sin poderme explicar por qué lo hago; pero mi vida interior ha reconquistado su libertad; ya no se hallará a merced de los acontecimientos, y cada minuto de mi existencia tendrá un sentido incontestable y profundo, que podré imprimir a cada una de mis acciones: *el sentido del bien*.

Podría aceptar para mí mismo este credo, que a la vez reconoce una tenaz imperfección y una indiscutible bondad.

La lectura de Tolstói y Dostoievski transformó mi visión de lo que se puede transmitir a través de las palabras. Había leído muchos libros de teología y apologética que me habían dejado algún provecho, pero mucha frustración. Después de todo, algunos de los argumentos de los filósofos ateos parecían igualmente convincentes a un nivel racional. Sin embargo, mientras leía a los dos rusos, la esencia de la verdad cristiana penetró en mí más profundamente. Aprendí el poder que tiene una historia, que tiene la verdad expresada en una forma encarnada, indiscutible. Conceptos tales como la gracia y el perdón, que constituyen la esencia del evangelio, ocupan muy poco lugar en muchos libros de teología. Comencé a captar la idea de por qué Jesús se basaba tanto en las historias: El hijo pródigo nos dice la

mayor parte de lo que necesitamos saber acerca de la redención; el buen samaritano, la mayor parte de lo que necesitamos en cuanto a la ética. Jesús comparó a un fariseo que tenía una teología ajustada a la perfección con un pecador que lo único que podía hacer era gritar pidiendo ayuda y, por supuesto, lo que Dios escuchó fue el grito del pecador.

Los escritos de Tolstói confirman el mismo principio mientras cruzan de un género a otro. Sus escritos religiosos se contradicen entre sí y se basan en una ostensible racionalización. Sin embargo, en sus mejores historias, el perfume de la propaganda se evapora. Las novelas no presentan a la doctrina y a la ética como ideales abstractos, sino como fuerzas de la vida encarnadas en personajes reales. Su retrato ficticio de la vida, la verdad acerca de los hombres y las mujeres que había aprendido al observarlos con su ojo fotográfico, contiene en su interior la esencia del evangelio que siempre eludió su búsqueda racional. Tolstói era mucho mejor pintando un cuadro de redención que tratando de explicarlo.

Es triste, pero Tolstói nunca permitió que ese evangelio le trajera alivio a su propia vida. A.N. Wilson, un biógrafo de Tolstói, destaca que «su religión era, en definitiva, una cuestión de ley y no de gracia, un esquema para mejorar al ser humano en lugar de ser la visión de un Dios que penetra en un mundo caído». Con claridad cristalina, Tolstói pudo ver su propia ineptitud a la luz del ideal de Dios, pero no pudo dar el siguiente paso de «confiar en la gracia divina para vencer esa ineptitud».

Poco después de leer a Tolstói descubrí a su compatriota Fiódor Dostoievski. Ambos, los escritores rusos más famosos y talentosos de todos, vivieron y trabajaron durante el mismo período de la historia. A pesar de que los dos leyeron la obra del otro con admiración, nunca se conocieron personalmente. Como planetas giratorios dieron vueltas alrededor de la mismas

ciudades, atrayendo la atención y ejerciendo una poderosa fuerza, pero sus órbitas nunca se cruzaron. Tal vez fue lo mejor, ya que eran lo opuesto en todos los sentidos.

En tanto que Tolstói escribió novelas brillantes, resplandecientes, Dostoievski escribió novelas inquietantes, profundas. En tanto que Tolstói elaboraba esquemas estéticos de autosuperación, Dostoievski periódicamente derrochaba su salud y su fortuna en amoríos, en el alcohol y en el juego. Tolstói mantenía un esquema disciplinado de trabajo; Dostoievski casi siempre trabajaba toda la noche, produciendo historias una detrás de la otra, a una velocidad desesperada a fin de pagar deudas de juego. Miles de peregrinos fueron hasta la casa de Tolstói en busca de sabiduría; nadie hubiera pensado en recurrir al despeinado Dostoievski en busca de sabiduría. En el aspecto social era torpe. Manejaba el dinero de una manera tan lamentable que algunas veces no tenía un céntimo para pagar el envío por correo de una novela a los que se las publicaban. Sufrió de epilepsia y, por el resto de sus días, grandes ataques lo llevarían a la desesperación.

Dostoviski cometió muchos errores en la vida, pero alcanzó una asombrosa proeza en el arte. Sus novelas comunican gracia y perdón, la esencia del evangelio cristiano, con una fuerza Tolstoiana. Dostoievski me mostró el remedio para los incesantes fracasos que exponía Tolstói.

Muy temprano en su vida, Dostoievski pasó por una verdadera experiencia de resurrección. Lo habían arrestado por pertenecer a un grupo al cual el zar Nicolás I consideraba traidor y, para recalcarles a los jóvenes radicales la gravedad de sus errores, el zar montó una falsa ejecución. Luego de pasar ocho meses en prisión esperando la sentencia, de repente, en una gélida mañana tres días antes de Navidad, los conspiradores recibieron la orden de salir de sus celdas y los llevaron a una plaza pública

donde, para horror de todos ellos, un oficial leyó la sentencia que los condenaba a muerte. No tuvieron tiempo para asimilar la noticia y ninguna posibilidad de apelar. Un pelotón de fusilamiento se encontraba listo. Con la cabeza descubierta, envuelta en unas mortajas blancas y con las manos fuertemente atadas a sus espaldas, los hicieron desfilar ante una multitud boquiabierta.

Un sacerdote les pronunció las palabras: «La paga del pecado es la muerte» a cada prisionero, y sostuvo una cruz para que la besaran. Seleccionaron a los tres primeros para morir, y luego los ataron a unos postes. En el último instante, cuando se escuchaba la orden «Preparados, apunten», y mientras redoblaban los tambores, levantaban los rifles y los cargaban al hombro, un hombre a caballo llegó al galope con un mensaje arreglado de antemano de parte del zar: misericordiosamente les conmutaría la sentencia a trabajos forzados. A Dostoievski, un miembro de la nobleza, le partieron una espada en la cabeza en señal de vergüenza. Uno de los prisioneros cayó de rodillas gritando: «¡Nuestro buen zar! ¡Larga vida a nuestro zar!». Otro sufrió un colapso mental del que nunca se recuperó.

De una manera muy diferente, Dostoievski tampoco se recuperó nunca de esta experiencia. Se había asomado a las fauces de la muerte y, a partir de aquel momento, para él la vida adquirió un valor superior a todo lo que se pueda calcular. Al volver a la prisión, caminaba de un lado a otro de la celda, cantando de puro gozo por haber recuperado la vida. Le escribió a su hermano: «Nunca había bullido en mí una clase de vida espiritual tan abundante y saludable como ahora ... Ahora mi vida cambiará, naceré de nuevo de una manera diferente». Dobló la mortaja para guardarla como recuerdo.

La siguiente experiencia terrible fue el traslado a Siberia. Al sonar las campanadas de media noche en el día de Navidad, los

guardias le pusieron a los golpes unos grilletes de cinco kilos de peso en las piernas y lo hicieron marchar hasta un trineo abierto. Durante dieciocho días, en medio de un frío atroz que le produjo congelamiento, soportó este viaje tirado por caballos. El convoy hizo una pausa durante algunos días en Siberia antes de distribuir finalmente a los prisioneros, y el comandante permitió la visita de tres mujeres, esposas de otros presos políticos, que se habían instalado allí para estar cerca de sus esposos. Las tres se habían propuesto como misión darle la bienvenida a los nuevos prisioneros y tratar de proporcionarles aliento. Una de ellas, una devota mujer que había estudiado filosofía alemana y que conocía la Biblia casi de memoria, le dio a Dostoievski un Nuevo Testamento, el único libro que se permitía tener en la prisión. En un susurro, le dijo que debía escudriñarlo con cuidado y, adentro, Dostoievski encontró diez rublos.

Creando que Dios le había dado una segunda oportunidad de cumplir con su llamado, Dostoievski se enfrascó en la lectura del Nuevo Testamento durante su confinamiento. «Estudió el precioso volumen de tapa a tapa, meditó en cada palabra; se aprendió una gran parte de memoria y nunca lo olvidó», escribió su hija Aimée años después. «Todas sus obras están saturadas de este libro y esto es lo que les da su poder». Aun luego de su liberación, Dostoievski llevaba consigo aquel Nuevo Testamento en sus viajes y en su hogar lo guardaba en un cajón de su escritorio, siempre al alcance de la mano.

Dostoievski pasó los próximos cuatro años en trabajos forzados y luego otros seis en el exilio. Al final de esa década, surgió con inmovibles convicciones cristianas, como expresó en una carta que le escribió a la mujer que le había dado el Nuevo Testamento: «Este *Credo* es muy simple, es así: creer que no hay nada que sea más hermoso, profundo, compasivo, razonable, varonil ni más perfecto que Cristo ... Aun más, si alguien me

prueba que Cristo se encuentra fuera de la verdad, prefiero quedarme con Cristo en lugar de la verdad».

Dostoievski sufrió terriblemente en la prisión. Sus nervios alterados le produjeron una epilepsia tan severa que los ataques lo tiraban al suelo gritando, escupiendo espuma por la boca, mientras sus miembros convulsionaban. Muchas veces, yacía enfermo en la prisión del hospital, bajo tratamiento por el reumatismo así como por la epilepsia. Echaba muchísimo de menos tener literatura para leer, se retraía ante las constantes peleas y el alboroto, los grilletes le rozaban la piel y anhelaba tan solo un momento de soledad lejos del barullo, una necesidad, según él, tan urgente como comer o beber. Durante los años en prisión, jamás recibió una sola carta de su familia.

Algunos de sus compañeros de prisión respondieron al castigo con odio y sed de venganza. Es sorprendente, pero Dostoievski volvió a la civilización con una renovada alegría de vivir y con optimismo en cuanto al género humano. Dejó a un lado los recuerdos de estar parado durante horas en un agujero de la cerca, con la cabeza apoyada sobre la empalizada, observando la verde hierba y el azul profundo del cielo; un lugar de trabajo en particular era «el único lugar en el que veíamos el mundo de Dios: un horizonte puro y brillante, las desiertas estepas cuya desnudez siempre me provocaba una extraña impresión».

Recordaba la amabilidad de la mujer que le había dado el Nuevo Testamento y de una niñita que había venido corriendo hasta él mientras caminaba por la calle junto a un guardia, exclamando: «Mire, pobre desafortunado, ¡tome un cópec en nombre de Cristo!». Guardó la moneda de la misma manera que el Nuevo Testamento y la mortaja como un recuerdo. Recordaba un período de confinamiento solitario en el cual cada noche se abría una ventanita en la puerta de la celda y una voz anónima

susurraba: «Valor, hermano, nosotros también sufrimos». Estas pequeñas notas de gracia intercaladas en medio del sufrimiento encontrarían un lugar en sus posteriores novelas.

Por sobre todas las cosas, Dostoievski se deleitaba en la pura generosidad de la vida. «La vida es un don», escribió varias horas después de la falsa ejecución. «La vida es felicidad, cada minuto puede ser una eternidad de felicidad ... La vida está en todas partes, está en nosotros, no en el exterior». Una vez que volvió a la libertad, escribió:

Ama cada hoja, cada rayo de luz.

*Ama a los animales, ama las plantas,
ama cada cosa por separado.*

Al amar todas las cosas, percibirás el misterio de Dios en todo.

No hubiera esperado esta ola de gozo en Dostoievski. Leí sus novelas durante un período oscuro de mi propia vida, luego de sumergirme en novelas existencialistas. Vivía en un estado emocional corriente. Me apartaba de la gente y la juzgaba, y me acercaba a los nuevos conocidos con sospecha. La gente podía conquistarme, sí, pero era exactamente eso, una conquista. Encontré el tipo de personaje entumecido como yo en la novela de Dostoievski *El hombre del subsuelo*, y luego seguí adelante conociendo sus otros personajes, cuya desbordante bondad marcaba un profundo contraste. No pude evitar notar la paradoja: Tolstói, que tenía todo, terminó irascible y amargado, en tanto que Dostoievski, que perdió todo, terminó agradecido y exuberante.

La prisión le ofreció a Dostoievski una oportunidad única, que al principio pareció una maldición: lo obligó a vivir cerca de ladrones, asesinos y campesinos borrachos. Por cierto, más tarde reflexionó en que el peor dolor que había soportado en la

prisión había sido el odio profundo que le manifestaron prisioneros campesinos, que lo veían como uno de los despreciados miembros de la clase alta. Esta revelación le produjo una gran conmoción porque sus amigos aristocráticos habían liderado el movimiento de reforma para brindarles derechos a la misma gente que ahora descubría que los despreciaba. La vida compartida con estos prisioneros, más tarde condujo a las inigualables personificaciones en sus novelas, como la del asesino Raskolnikov en *Crimen y Castigo*.

La visión liberal de Dostoievski acerca de la bondad inherente en la humanidad no pudo dar una respuesta a la tosca maldad que encontró en sus compañeros de celda, y su teología tuvo que ajustarse a esta nueva realidad. Sin embargo, con el tiempo, también pudo vislumbrar la imagen de Dios en el más bajo de estos prisioneros. Como Tolstói, descubrió que los remanentes del cristianismo tradicional habían sobrevivido en los campesinos, a los cuales comenzó a ver como su única esperanza para un nuevo comienzo. Llegó a creer que una persona, únicamente al ser amada puede ser capaz de amar. Dostoievski vio que parte de su tarea era «levantarse poco a poco». En las novelas brillantes y complejas que escribiría, eso fue lo que hizo, redimir a la clase de campesinos y criminales discriminados a los ojos de la clase de rusos educados.

Comenzó a verse a sí mismo como al hijo pródigo en el exilio, que vivía en un país lejano en medio de las sobras y los cerdos. Llegó a la conclusión de que cada convicto siente junto al pródigo que *no está en casa*, sino que está de visita. La esperanza, «esta extraña e impaciente esperanza» de que algo lo aguarda afuera de la prisión es, propiamente, lo que mantiene vivo al prisionero. Para Dostoievski, la esperanza que se encontraba detrás de los barrotes se convirtió en un símbolo de la eterna esperanza que había sentido en un instante cuando escuchó la sentencia de

muerte en la plaza pública. «Estaremos con Cristo», le susurró por instinto a un amigo que tenía a su lado. («Un bocado de tierra», le respondió lacónicamente su amigo ateo.) Dostoievski llegó a creerlo, a creer en la inmortalidad como la única manera de concebir esta vida como algo que de ninguna manera carecía de significado.

En esa época, los intelectuales rusos jugaban, llenos de entusiasmo, con la nueva filosofía del nihilismo, la creencia de que nada importa, que en el aspecto moral todo es arbitrario, que no hay tal cosa como un Dios benévolo que gobierna el mundo, que todas las acciones están predeterminadas por nuestra biología, que el amor es una sensación física inseparable del deseo sexual. Cuando lo liberaron del exilio, Dostoievski refutó cada una de estas premisas, una a una, en sus escritos. No se dedicó tanto a argumentar en su contra, sino a mostrar las consecuencias de vivir estas ideas. Su novela *Los poseídos*, por ejemplo, cuenta la historia (basada en un incidente verídico) de revolucionarios activos que matan a uno de su propio grupo como la manera más conveniente de resolver las diferencias que tenían con él. *Crimen y Castigo* muestra el resultado final del «hombre extraordinario» de Nietzsche, que vive por encima de las convenciones morales tradicionales y comete dos asesinatos simplemente para ver qué se siente.

De todas maneras, siempre resuena una conmovedora nota de gracia. Fue en las novelas de Dostoievski, en realidad, que comencé a comprender la gracia, no como un concepto teológico, sino como una realidad viva operando en un mundo carente de ella. A pesar de que *Crimen y Castigo* nos muestra a un ser humano infame que comete un crimen infame, el suavizante bálsamo de la gracia entra en la vida de Raskolnikov a través de la persona de Sonia, la prostituta convertida, que lo sigue hasta Siberia y lo conduce a la redención. «El amor los resucitó»,

escribe Dostoievski ; «el corazón de uno contenía infinitas fuentes de vida para el corazón del otro». En *El Idiota*, Dostoievski presenta una figura de Cristo en la forma de un extraño e impredecible príncipe epiléptico. En silencio, misteriosamente, el príncipe Mishkin se mueve en medio de los círculos de la clase alta rusa, poniendo de manifiesto la hipocresía de esta gente y a la vez iluminando sus vidas con la bondad y la verdad. La escena final del *El Idiota* presenta, tal vez, la descripción más conmovedora de la gracia en toda la literatura: el príncipe «idiota» abrazando con compasión al hombre que acaba de asesinar a la mujer que él amaba.

En un mundo regido por la ley, la gracia se levanta como una señal de contradicción. Queremos justicia; el evangelio nos da a un hombre inocente clavado a la cruz que grita: «Padre, perdónalos». Nosotros queremos decencia; el evangelio eleva a los cobradores de impuestos, a los hijos pródigos y a los samaritanos. Nosotros queremos el éxito; el evangelio invierte los términos, poniendo a los pobres y a los oprimidos a la cabeza de la fila y a los ricos y famosos a la cola. Al haber abrazado a Cristo en el horrendo lugar de una prisión en la Siberia, en medio de compañeros de celda que se burlaban de sus trastornos físicos y despreciaban sus ventajas, Dostoievski comprendió la gracia en su expresión más contradictoria. En sus novelas, entra a hurtadillas, sin aviso, silenciando a los escépticos y desarmando a los cínicos. Estos piensan que tienen la vida resuelta hasta que, de repente, un encuentro con la gracia pura los deja sin aliento.

Le sucedió al propio Dostoievski. Atormentado por las deudas del juego y la fracasada incursión en una revista, cayó en manos de un editor inescrupuloso, que le dijo que se quedaría con todos los derechos de autor de sus obras pasadas si no producía una novela para cierta fecha. Dostoievski dejó pasar el tiempo, sufrió el bloqueo del escritor hasta que faltaban solo

tres semanas para la fecha de entrega. La tarea parecía imposible y había perdido las esperanzas de la vida hasta que apareció Ana, una taquígrafa de diecinueve años, para ayudarlo. Como había sufrido un ataque de epilepsia días atrás, estaba con un humor de perros. Al principio la trató con aspereza, la regañó y se quejó de su velocidad. Ella escribió cada una de sus palabras, trabajando por la noche, luego se iba a su casa para copiarlo y devolverlo en forma de manuscrito editado al día siguiente. Con semejantes esfuerzos sobrehumanos, se lo ganó y le sonsacó una novela, *El jugador*, que se entregó dos horas antes del vencimiento.

Para entonces, Dostoievski se había dado cuenta cabal de los encantos de su estenógrafa, y le propuso matrimonio. Ana no se sentía atraída físicamente hacia él, un descuidado viudo veinticinco años mayor que ella y con una notable debilidad por el alcohol y el juego. Sin embargo, sintió lástima de él porque sabía que la necesitaba. A costa de un considerable sacrificio personal, accedió, se mudó para organizar su carrera y su hogar, y le dio quince años de felicidad; sus biógrafos los llaman «los años milagrosos», porque en ese período Dostoievski produjo todas sus obras maestras.

El último trabajo de Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, una de las novelas más grandes que jamás se hayan escrito, marca un contraste entre Iván el brillante agnóstico y su devoto hermano Alyosha. Iván puede analizar los fracasos de la humanidad y criticar cada sistema político diseñado para tratar esos fracasos, pero no puede ofrecer soluciones. Alyosha no tiene respuestas para los problemas intelectuales que plantea Iván, pero tiene una solución para la humanidad: el amor. «Desconozco la respuesta para el problema del mal», dijo Alyosha, «pero sí conozco el amor». Iván articula la acusación contra Dios de una manera tan poderosa como no se había visto desde Job. Alyosha, sin

palabras y lleno de compasión, se levanta y lo besa con suavidad en los labios, tal como había hecho Cristo con sus verdugos en el gran poema de Iván «El gran inquisidor».

Los hermanos Karamazov contiene cada elemento importante en la propia vida trágica de Dostoievski: el brutal asesinato de su padre a manos de sus siervos, la experiencia de ser un niño mimado en el ámbito literario al cual dejaron plantado, el arresto y la falsa ejecución, los años en un campo de prisioneros, los romances extramatrimoniales, la tortura del amor no correspondido, la epilepsia, el enfisema, un matrimonio difícil, la muerte de hijos a causa de la enfermedad, la carga de grandes deudas, el juego. Mientras escribía este libro, se encontraba estudiando el libro de Job y no dejó afuera nada de su agonía personal. Dos meses después de haber terminado la novela, como si no tuviera nada más que decir, murió prácticamente sin un centavo. Mientras se moría, sobre el regazo tenía el Nuevo Testamento que le habían dado en su viaje a Siberia tantos años atrás.

El autor Frederick Buechner resume a los *Karamazov* diciendo que es un «gran estofado en ebullición, con demasiados ingredientes. Está lleno de digresiones y de desorden, tiene demasiados personajes, es demasiado larga y, sin embargo, es un libro en el cual, simplemente porque Dostoievski deja lugar para lo que quiera entrar, se infiltra aquí y allá nada menos que el mismo Espíritu Santo, convirtiéndose así, al menos para mí ... en una novela no tanto *acerca* de la experiencia religiosa, sino en una novela cuya lectura se transforma en una experiencia religiosa: acerca de Dios, tanto en su presencia subterránea como en su terrible ausencia».

Cuando leí por primera vez *Los hermanos Karamazov*, me di cuenta de que me encontraba del lado de Iván. Tenía una larga lista de quejas en contra del mundo. Había pronunciado razones en contra de la injusticia de Dios. Sentía enojo y resentimiento en contra de Dios. Citando a Dostoievski: «¿Sencillamente no

me pueden devorar sin esperar que alabe al que me devora?». Me torturaba la falta de amor en el mundo y, sin embargo, no hacía nada al respecto. Me faltaba el instinto de Alyosha hacia la bondad corriente para obtener una respuesta compasiva.

Fue entonces cuando comencé a ver lo que Dostoievski había aprendido en prisión: el evangelio de la gracia no se infiltra en principio en este mundo a través de las palabras o de los argumentos racionales, sino a través de las obras, a través del amor. La gente a la cual estaba aprendiendo a admirar más, como Paul Brand y Robert Coles, expresaban su fe a través de la acción, una fe personificada. Al viajar a otros países, Brasil, Nepal, Filipinas, Kenya, encontré personas humildes que cada día enfrentaban problemas más extremos de los que me podía imaginar y que, sin embargo, no respondían quedándose paralizadas ni con resentimiento, sino con compasión y amor. Dostoievski me mostró las consecuencias lógicas de una vida basada en el nihilismo y la duda; siervos cristianos de carne y hueso me mostraron las consecuencias lógicas de una vida basada en la fe y en el amor. Aprendí que seguir a Jesús no significa resolver todos los problemas humanos (ni el mismo Cristo intentó hacerlo), sino responder como Él lo hizo, dispensar gracia y amor contra toda razón a los que menos la merecen.

En su mayoría, los intelectuales de los días de Dostoievski, no lo consideraron convincente. Su fe en el cristianismo latente en las clases bajas, su apelación a la caridad y la compasión, su desconfianza en las últimas teorías de la ingeniería social, lo presentaron como un moralista pasado de moda, totalmente incapaz de referirse a los problemas de la Rusia moderna. Ellos eligieron otro camino, el de la moralidad basada en el utilitarismo, privada de la trascendencia. «Sin Dios, todo está permitido», advirtió Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*. El siglo veinte demostraría cuán profético fue Dostoievski. «El hombre debe inclinarse ante algo», escribió también Dostoievski. En el caso

de la Rusia del siglo veinte, los seres humanos decidieron inclinarse unos frente a otros, atesorando a Lenin en un mausoleo y tratando a Marx y a Stalin como si fueran profetas. Al ser ateos, adoraron a hombres endiosados en lugar de adorar a Dios hecho hombre, lo que resultó en una tragedia mayor que cualquiera de las que ha visto nuestro planeta.

Cuando recibió el premio Templeton en 1983, ciento dos años después de la muerte de Dostoievski, Alexander Solzhenitsin revisó la trágica historia de Rusia en el siglo veinte. Solzhenitsin dice en otras partes, que a través de la lectura de Dostoievski comenzó a comprender la supremacía de lo espiritual sobre lo material. Eso preparó el camino para una experiencia de conversión, también en un campo de prisioneros, que cambió el curso de su vida y en definitiva afectó el curso de su nación. Esto es lo que dijo al recibir el premio:

Hace más de medio siglo, cuando era niño, recuerdo haber escuchado a algunas personas mayores que ofrecían la siguiente explicación para los grandes desastres que le habían sucedido a Rusia: «Los hombres se han olvidado de Dios; es por eso que ha sucedido todo esto». Desde entonces he pasado prácticamente cincuenta años trabajando en la historia de nuestra revolución; durante el proceso he leído cientos de libros, he reunido cientos de testimonios personales y ya he contribuido con ocho volúmenes en un esfuerzo por limpiar los escombros que dejó la revolución. Pero si hoy me pidieran que formulara de la manera más concisa posible la principal causa de la ruinosísima revolución que se tragó a unos sesenta millones de personas de nuestro pueblo, no podría decirlo con más precisión que repitiendo: «Los hombres se han olvidado de Dios; es por eso que ha sucedido todo esto».

¿Por qué no da resultado? Comencé a hacerme esta pregunta acerca de la iglesia cristiana, la fuente de muchas de mis dudas subyacentes. Los ideales cristianos atraen la admiración hasta de los que no son creyentes, sin embargo, ¿qué tienen de bueno esos ideales si no puedo ponerlos en práctica? Dos grandes pensadores rusos plantearon diferentes respuestas para este escollo de la fe. Tolstói fundó su filosofía en una creencia en la capacidad de la naturaleza humana para perfeccionarse. Llegó a la conclusión de que no da resultado porque no lo intentamos lo suficiente, aunque él lo intentó más que cualquiera y nunca se las arregló para resolver las contradicciones dentro de sí mismo, y mucho menos las de cualquier otra persona. Diez años en la Siberia purgaron a Dostoievski de cualquier engaño parecido: «Por supuesto, en cada hombre yace un demonio escondido», dice su personaje Iván Karamazov. No disentía con Tolstói en cuanto al ideal por el cual Rusia debía luchar, pero había muchas diferencias en el camino para llegar allí.

Mientras se encontraba exiliado en Siberia, y antes de casarse con Ana, Dostoievski se casó por impulso con una viuda que tenía un hijo pequeño. Regresaron juntos a San Petersburgo, pero no fue un matrimonio más feliz que el de Tolstói. La epilepsia de Fiódor y su desprolijidad general le producían repulsión a María. Caía en períodos de ira histérica y lo único que lograba con ello era empeorar la epilepsia de él. Fiódor hizo largos viajes a Europa en parte para buscar una cura para su dolencia, pero también para alejarse de ella. Los dos hacían una mala pareja.

Luego de siete años de matrimonio, María Dostoievski murió de tuberculosis. Como era muy característico, su esposo pasó gran parte del tiempo en que ella estuvo enferma paseando por Europa con una amante de veinte años.

Al regresar por su muerte, se sentó en la habitación junto a su cadáver, sobrecogido por la nostalgia de los tiempos felices que

pasaron juntos, por el dolor de su muerte y el remordimiento por su conducta. Pasó toda la noche de vigilia junto a su ataúd, escribiendo notas a la luz de la vela. «Masha yace sobre la mesa», comenzó a escribir. «¿Volveré a verla alguna vez?»

Sus melancólicas reflexiones aquella noche lo condujeron a una extraña discusión acerca de la inmortalidad. Al responder la pregunta de si volverá a ver a su esposa otra vez, Dostoievski pasa por alto los argumentos tradicionales, la resurrección de Jesús, digamos, o la necesidad de equilibrar las escalas de la justicia, y convierte el documento en una especie de confesión personal. Admite que nadie vive de acuerdo al ideal. Nadie puede amar perfectamente a su prójimo como a sí mismo. Nadie puede cumplir del todo la ley de Cristo. Dios no puede pedir tanto y quedarse satisfecho con tan poco. Estamos hechos para aquello que es demasiado grande para nosotros. Es por esta misma razón, concluye, que debe creer en una vida después de la muerte. Sin esta creencia, nuestra vana lucha por cumplir con la ley de Cristo no tendría sentido. Es nuestro mismo anhelo, nuestro fracaso, nuestro sentido de que nos falta algo lo que nos obliga a abandonarnos en la misericordia de Dios. Nuestra imperfección en esta vida requiere otra realización más completa de ese ideal.

De esta manera, Dostoievski añade una nota de nostálgico anhelo, de gracia, a los ideales cristianos que compartía con Tolstói. En la actualidad, reivindico a estos dos rusos como mis guías espirituales porque me ayudaron a contestar mis dudas subyacentes arrojando luz sobre una paradoja central de la vida cristiana. De Tolstói aprendí la necesidad de mirar hacia dentro, buscando el reino de Dios que está en mí. Al hacerlo, veo cuán miserablemente lejos estoy de los altos ideales del evangelio. Pero de Dostoievski aprendí todo el alcance de la gracia. No solo el reino de Dios está dentro de mí; Dios mismo habita allí. «Donde

abundó el pecado, sobreabundó la gracia», es la manera en que lo expresa el apóstol Pablo en Romanos.

Existe una sola manera en la que cualquiera de nosotros podemos resolver la tensión entre los altos ideales del evangelio y la desalentadora realidad de nosotros mismos: aceptar que nunca los alcanzaremos del todo, pero que no tenemos que hacerlo. Tolstói lo captó por la mitad: todo lo que me hace sentir cómodo con las normas morales de Dios, todo lo que me hace sentir: «Al fin he llegado», es un cruel engaño. Dostoievski captó la otra mitad: todo lo que me hace sentir incómodo con el amor perdonador de Dios es un cruel engaño. «No hay condenación para los que están en Cristo Jesús», insiste Pablo: León Tolstói nunca comprendió cabalmente ese mensaje.

Ideales absolutos y gracia absoluta: luego de aprender este mensaje de contrapunto de los novelistas rusos, volví a Jesús y encontré que esto impregna sus enseñanzas. En su respuesta al joven rico, en la parábola del buen samaritano, en sus comentarios acerca del divorcio, del dinero o de cualquier otro tema moral, Jesús nunca rebajó los ideales de Dios. «Sed pues perfectos, como vuestro Padre es perfecto», dijo. «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente». Ni Tolstói, ni Francisco de Asís, ni la madre Teresa, ni nadie ha cumplido completamente estos mandamientos.

Sin embargo, el mismo Jesús ofreció absoluta gracia, tal vez el gran distintivo de la fe cristiana. Dios no nos ama por quienes somos ni por lo que hemos hecho, sino por quién es Dios. La gracia fluye para todos los que la aceptan. Jesús perdonó a una adúltera, a un ladrón en la cruz, al discípulo que negó haberlo conocido jamás. La gracia es absoluta, abarca a todos. Se extiende aun hasta la gente que clavó a Jesús en la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», fueron algunas de sus últimas palabras que pronunció sobre la tierra.

Leo el Nuevo Testamento, especialmente pasajes como el del Sermón del Monte, con un espíritu diferente ahora que como lo hacía en mi adolescencia. Jesús no proclamó estas exaltadas palabras para que, como Tolstói, frunzamos el ceño desesperados ante nuestro fracaso por obtener la perfección. Las proclamó para impartirnos el ideal de Dios por el cual nunca deberíamos dejar de luchar, y también para mostrarnos que ninguno de nosotros alcanzará jamás ese ideal. El Sermón del Monte nos obliga a reconocer la gran distancia que existe entre Dios y nosotros, y cualquier intento por reducir esa distancia moderando de alguna manera sus demandas no entiende en absoluto de qué se trata. Todos estamos desesperados y, en realidad, ese es el único estado apropiado para el ser humano que desea conocer a Dios. Al caer del ideal absoluto, como le sucedió a Tolstói, no tenemos otro lugar al cual llegar que no sea junto con Dostoievski, en la red de seguridad de la gracia absoluta.

UNA INTRODUCCIÓN A LEÓN TOLSTÓI Y FIÓDOR DOSTOIEVSKI

Las novelas más grandes de Tolstói son *La guerra y la paz* y *Ana Karenina*. Pero las dos son muy largas, y los que no llevan mucho tiempo en la lectura pueden preferir comenzar con sus obras más cortas que pueden ser muy atractivas. Recomiendo *La muerte de Iván Ilych*, *Amo y criado* y *La sonata de Kreutzer*, como también algunas de sus fábulas. Uno de los muchos biógrafos de Tolstói, Henri Troyat, está considerado como un clásico, mientras que el esfuerzo reciente de A.N. Wilson más

fresco y más subjetivo. (El acertadamente titulado Amor y odio de William L. Shirer se centra en el tortuoso matrimonio de Tolstói, y nos cuenta más de lo que tal vez usted desee saber.) Wilson también recopiló selecciones de los escritos religiosos de Tolstói en un pequeño volumen, *The Lion and the Honeycomb* [El León y el panal de miel], del cual extraje varios pasajes para este capítulo.

Dostoievski tuvo una producción mayor de novelas largas, entre las cuales, las más destacadas son *Los hermanos Karamazov*, *El idiota*, *Crimen y Castigo* y *Los poseídos*. *La casa de los muertos* nos proporciona una visión de lo que fueron sus días de prisión; *Memorias del subsuelo* tuvo un gran impacto sobre la literatura existencialista posterior. Joseph Frank ha publicado cuatro volúmenes de cinco que tenía proyectados de una biografía de Dostoievski, un relato magistral de su vida que nos da mucha información histórica y cultural y así arroja luz sobre lo que sucedió posteriormente en Rusia. Un libro publicado por Plough Publishing House, *The Gospel in Dostoievski* [El evangelio de Dostoievski], extrae pasajes religiosos explícitos de sus novelas.

UNA PALABRA

EXTRANA

UNA PALABRA

EXTRANA